

La construcción social de la vida cotidiana de Margarita y Roberto. Un breve análisis de algunos mitos de la cultura occidental desde la Psicología social crítica

Josep Seguí Dolz*

Margarita se levanta pronto como casi todos los días. Coge el tren y llega puntual a su trabajo como profesora adjunta de Química orgánica en la Universidad Autónoma de Barcelona. A las dos, con algunos compañeras y compañeros, baja al autoservicio y come un plato combinado. A las seis vuelve al tren. Antes de ir a casa pasa por la farmacia a recoger una caja de *valium* que ayer le recetaron en la consulta de la seguridad social para mitigar sus problemas de ansiedad. Vive sola. Ducha, cena ligera, pastilla azul y a leer un ratito hasta que llegue el sueño.

Roberto trabaja en la obra. Son las seis de la mañana. En la esquina espera el furgón que le llevará al trabajo. Antes se ha tomado un café con coñac para entrar en calor. Come en el propio tajo. Acompaña los canelones que le ha preparado la mujer y bebe medio litro de vino barato. A las siete vuelve a casa. No soporta a su mujer ni a sus hijos. Va al bar a continuar emborrachándose.

¿Qué tienen en común Margarita y Roberto? Muchas cosas. Los dos viven en las rodalías de Barcelona. Tienen extremidades (las manos, por ejemplo) con las que hacen cosas técnicamente muy complejas. Tienen un cerebro que parece diferenciarlos del resto de mamíferos. Usan medios de transporte (que también son de comunicación). Y más. Pero hay una cosa que llama especialmente la atención: todas sus actividades, sus pensamientos, trastornos de ansiedad y dependencias del alcohol son construidas, no tienen *esencia* en sí mismas. Son procesos de interacción con asuntos sociales y tecnológicos que otras personas comparten con ellos con la finalidad básica de entenderse gracias al cimiento que solidifica sus relaciones: el language.

Margarita y Roberto no tienen en común la química de los genes, ni un éter espiritual interior que los hace ser como son, humanos. Los hace comunes –y también

* Psicólogo social. Investigador propio del grupo de investigación JovenTIC (<http://psicologiasocial.uab.es/joventic/es>) del Departamento de Psicología social de la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), Catalunya, España. Contacto: jseguid@uoc.edu. El autor agradece especialmente la colaboración de la psicóloga Sara Olivé Horts en la elaboración de este ensayo.

diferentes- el lenguaje, la capacidad de entender, de interpretar lo que otros hacen al mismo tiempo que se entienden a si mismos. Se entienden al menos lo suficiente como para sobrevivir; para levantarse cada mañana e ir a la universidad o a la obra. Les hace comunes que sus vidas no son hechos, sino procesos. Margarita y Roberto son símbolos lingüísticos en acción interactiva con los demás y con ellos mismos. No son palabras dichas que se lleva el viento; sino diálogo puro y duro; narración, en fin.

Ver las cosas más o menos de esta manera comporta adoptar un punto de vista tremendamente racional y lógico que está a la base del llamado *Construccionismo social*. Es racional y es lógico a pesar de las acusaciones que a menudo se hacen de relativismo y palabrería. Y a veces cosa peores, por decirlo de alguna manera. A las y los psicólogas y psicólogos sociales que adoptan (adoptamos) este punto de vista no sólo no nos importan en absoluto estas acusaciones, sino que las aceptamos de buen grado. Efectivamente, nos gusta adoptar un punto de vista sobre la *realidad* –física, social y psicológica; las tres son la misma- según el cual todo lo que somos y hacemos los humanos, todo lo que hay en nuestro entorno y en nuestro interior, está construido con palabras. Y no es absoluto –Verdadero, con mayúscula- en *absoluto*. Situarnos intelectualmente –y en la práctica- así no nos hace descreernos de la llamada realidad, aunque dudamos de la supuesta objetividad de muchas de las verdades fundacionales en que se basa, por no decir de todas. Situarnos así lo que hace es facilitarnos la creación de más realidad, al menos más que otros puntos de vista como el de la ciencia positivista (léase genética, por ejemplo) o el de la creencia (fé, religión, paraciencias y similares).

Con todos nuestros respetos, por cierto. Respetamos la ciencia tradicional y la creencia porque han sido –y aún lo son- discursos útiles; discursos que han permitido a lo largo de la discontinuidad de la historia de *Homo Sapiens sapiens* controlar y explicar este decurso histórico. Pero hoy hace falta más; más realidad, más explicaciones, teorías e hipótesis. La genética –como ejemplo de hasta dónde puede llegar la ciencia positivista- es un excelente modelo teórico para explicar y también para cambiar la realidad. Digamos mejor, *parte* de la realidad. Pero no es suficiente para justificar, por ejemplo, el alcoholismo de Roberto o la ansiedad de Margarita. La fé –la creencia, por ejemplo, en la existencia de un mundo interior lleno de pulsiones, represiones y problemas de la infancia que luchan por salir al exterior- tampoco justifican que la una

se dedique a la enseñanza universitaria y el otro a poner ladrillos. Lo que sí resulta común a ambas formas de explicar la realidad psicológica de las personas es que para hacerlo utilizan palabras. Usan la tecnología del language, la primera que construyó el ser humano.

Tecnología, language y construcción...

Permítaseme enumerar algunas de las ideas fundamentales que sustentan esta manera de ver las cosas y de hacer psicología, sea desde la teorización, la investigación, la práctica terapéutica o la intervención social.

Por un lado quiero afirmar que los seres humanos no disponemos de ningún tipo de esencia *interior* psicológica que nos haga pensar como pensamos ni actuar como actuamos. Ni, lógicamente, ser como somos. No hay ningún destino, ninguna historia pre-escrita –ni prescrita, ni proscrita- que determine que una o uno se dedique a la enseñanza, al cemento, a la danza del vientre o a escribir ensayos como este. La esencia, esta antigua especie de interior religioso o psicoanalítico, está más bien fuera, en la interacción dialógica con los demás. Enseñar, cimentar casas, danzar o escribir no son cosas en sí mismas; son procesos que se pueden explicar a los demás. Nada más. Ni ... nada menos.

Por otro, nuestro punto de vista no cree en el individualismo propio de la occidentalidad romántica y moderna. No creemos que las personas seamos entes independientes de nuestro contexto. El centro de interés del psicólogo socioconstruccionista se traslada del individuo a los procesos de interacción social, poniendo en solfa la existencia del *yo* único y monolítico, de las características de personalidad inmutables que nos hacen *tan diferentes de los demás*... Eso no quiere decir que las personas no seamos personas. Lo somos sí, en interacción dialógica con otras personas. Y con otras cosas, sean estas las llamadas naturales o las tecnológicas, que también son lo mismo. Margarita depende tanto del *valium* para ser *ella misma* como Roberto de la paleta. Y los dos, por supuesto, de otros. Y también de otras tecnologías, como, por ejemplo, los medios de comunicación. Todo y que eso último puede ser que tengamos ocasión de discutirlo en otro momento...

Continuando con los razonamientos que sustentan algunas de las afirmaciones hechas hasta ahora, tampoco creemos que haya ninguna realidad allá fuera esperando a ser descubierta o interpretada. Los humanos construimos -en un proceso dialógico y social- la llamada "realidad". Las cosas no son como son porque así son y ya está. Es posible que allá fuera exista una especie de *magma* fuera de control en el que ponemos orden mediante acuerdos dialogados -incluso utilizando los lenguajes de la ciencia y/o de la religión-. Aunque esta no parece una idea demasiado lógica. Si los humanos no tenemos esencia ajena a su propia construcción dialógica no parece más creíble que la tengan las cosas. Por no correr el riesgo de caer en un nihilismo absolutista, no diré que aquí fuera no hay nada. Hay cosas, efectivamente. Las cosas que nosotras y nosotros creamos y compartimos. También las que otros -otras culturas, por ejemplo- han creado y nos apropiamos porque nos resultan útiles, agradables o satisfacen nuestros caprichos. Todo procesos de construcción social.

La cultura occidental, además, -gracias a la moral judeocristiana, a Descartes y, incluso más allá en el tiempo, a Aristóteles y Platón- tiene una fuerte tendencia a presentarlo todo en términos dualistas y opuestos. Bueno/malo, masculino/femenino, verdad/mentira, cuerpo/espíritu y cosas/casos así. Esta es una manera parcial de construir la realidad que no necesariamente tiene que ser *cierta*. Hay otras construcciones posibles. El pensamiento oriental, por ejemplo, tiende a polarizar el mundo, pero contemplando la complementariedad de las cosas, no su oposición. Los egipcios, también por ejemplo, tenían una cosmovisión unificada; no en el sentido monádico de Spinoza, sino en el de que todo estaba íntimamente interrelacionado. Dejando al margen estas visiones, pensamos que la construcción social de la realidad es multivariada. No existe una "Verdad" absoluta y la ciencia positivista de la modernidad es una forma más de ver las cosas que fue útil en su momento. Puede ser no lo es tanto ahora. Como útil fue -y puede ser tampoco tanto ahora- la fé. Esta fuerte tendencia al dualismo lleva a moralizar en términos de bueno/malo todo, también todo lo que es psicológico. Lo bueno es estar sano; lo inconveniente estar *loco*. Lo que no conviene es padecer ansiedad y dependencia del alcohol. Lo bueno es el *valium* y el calor emocional de la familia, que nos retornan a los caminos de la normalidad psicológica y nos alejan de la patología.

La creciente patologización, por cierto, de la vida cotidiana es otra de las ocupaciones –y preocupaciones- de los socioconstruccionistas. Todo y que eso también, puede ser, lo discutiremos en otra ocasión...

Intuyo que el esencialismo, el individualismo, el realismo y el dualismo son, siguiendo al ex catedrático de Psicología social de la Universidad Autónoma de Barcelona, Tomás Ibáñez, cuatro mitos de la cultura occidental moderna. Nada más. Están situados y son contruidos en un momento histórico determinado -el comprendido entre la Ilustración y finales del siglo pasado-. Como tales, no tienen ningún valor de verdad absoluta y son únicamente formas de ver las cosas que han sido útiles en un contexto y momento dado. Probablemente no son ya de mucha utilidad para entender y explicar los procesos sociales y psicológicos en el contexto actual, el de la postmodernidad.

Ni Margarita ni Roberto padecen ninguna patología. Sus usos, costumbres y actos narrados son fruto interactivo de los usos, costumbres y narraciones de su entorno, tanto del sincrónico como del diacrónico. No están enfermos. O si lo están es tanto por la ansiedad y el consumo de alcohol como por alguna cosa tan *antinatural* como levantarse pronto para ir a trabajar, estar sola o malvivir con la familia.

Trabajar. Soledad. Familia. Puede ser tres mitos más de la cultura occidental moderna. Como los trastornos y enfermedades mentales.

Mitos o cosas naturales? Esenciales? Individuales? Reales? Duales? ...

Puede ser...

Josep Seguí. València, 19 abril 2.007

Referencias.-

- Burr, Vivien (1995/1996) *Introducció al construccionisme social*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya/Edicions Proa.

- Gergen, Kenneth J. (1973/1988) “La psicología social como historia”. *Anthropos*, 177, pàgs. 39-49.
[http://www.swarthmore.edu/SocSci/kgergen1/web/soc_psych.pdf. Último acceso: 15/04/2007].
- Gergen, Kenneth J. (1994/1996) *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gil Juárez, Adriana (2006) “Psicología social de hechos, de procesos y de proyectos. Objeto y tiempo”. *Athenea Digital*, 9, pàg. 78-99.
[<http://antalya.uab.es/athenea/num9/Gil.pdf>. Últim accés: 14/04/2007]
- Ibáñez, Tomás (2001) *Municiones para disidentes. Realidad-Verdad-Política*. Barcelona: Paidós.